

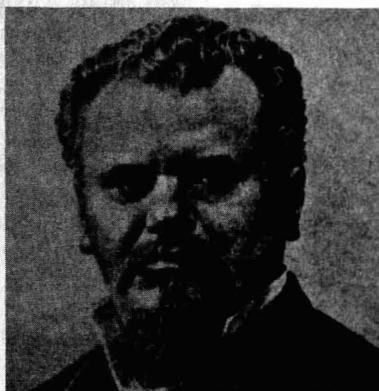
Álvaro Matute

Justo Sierra y el México de su tiempo, de Claude Dumas

Cerca de 1200 páginas abarcan la vida y el tiempo de Justo Sierra en la obra del investigador francés Claude Dumas que la Universidad Nacional ha reeditado, ahora bajo el rubro de su importante colección "Nueva Biblioteca Mexicana", en la cual están las obras de muchos de los grandes escritores del país, de todos los tiempos, y dentro de la cual también han sido reeditadas las *Obras Completas* del maestro Sierra.

No deja de ser interesante subrayar que la UNAM ha publicado tres grandes libros, originados en tesis doctorales de Estado francesas, dedicados a tres grandes figuras del pensamiento y las letras mexicanas: Sor Juana, por Marie-Cecile Benassy; Sierra, por Claude Dumas, y Vasconcelos, por Claude Fell. Los tres son libros monumentales, no sólo por su volumen, sino por la investigación que los originó y que ofrece una definitiva exhaustividad. Son tres muestras de excelencia que revelan no sólo el rigor, sino la permanencia del interés de los académicos franceses por temas de literatura y pensamiento mexicanos. Por otra parte, algo que me ha llamado la atención desde que conocí por primera vez estos libros, es el hecho de constatar que los doctorados en letras francesas no desdeñan la biografía, contrariamente a sus colegas de historia, fieles a los dictados de la reputada escuela de los *Annales*. Así, Sor Juana, Vasconcelos y Sierra han sido estudiados con lupa y sobre ellos han producido textos insoslayables. Toda biografía sobre los tres autores, que se repete de serlo, debe incluirlos en lugar preponderante.

Si bien menciono el género biográfico para caracterizar a las tres obras mencionadas, no se debe pensar que son biografías en sentido estricto y tradicional. Lo son, y más que ninguna, la de Justo Sierra, porque la línea vital del personaje es la que da la estructura al libro. Es Sierra y el México de su tiempo y no a la inversa. El México de la segunda mitad del siglo XIX y primeros doce años del XX no sólo es visto por Dumas en función de Justo Sierra, sino muchas veces a través del lente del propio



Justo Sierra

Sierra. En ese sentido, la biografía le da el sentido a la historia. Observemos la manera en que se presenta la arquitectura de la obra: "El joven romántico. De Juárez al partido 'decembrista'", "La época del realismo. La 'pax porfiriana'" y "El gran destino y la caída. De Porfirio Díaz a Francisco I. Madero". Las fechas que enmarcan a cada una de estas tres grandes partes son, para la primera, del nacimiento en 1848 a 1877, que es cuando concluye la aventura decembrista que cuesta a don Justo una pierna rota. La segunda va de 1878 a 1899, época en la que destaca lo que Dumas llama el realismo, que podría ser también el positivismo, y que, además, es algo así como el nudo de la vida/obra, de acuerdo con la retórica tradicional, y por fin, la etapa 1900-1912, de la culminación a la muerte, que funciona muy bien como desenlace.

El tiempo de México y el particular de Justo Sierra guían al lector en esta gran crónica biográfica. Cronos aparece de principio a fin. Incluso, se marca año con año, de principio a fin, y se respeta el señalamiento. Esto es, además de ordenado, útil, ya que el que quiere consultar encuentra fácilmente un dato, una circunstancia. Pero quiero destacar que si sólo se consulta, el lector pierde la riqueza de la obra. Si nuestro tiempo no permite fácilmente entregarse a la lectura de libros voluminosos, propongo que se dejen de leer muchos libros pequeños pero banales, y se lean libros de gran envergadura como el de Dumas.

Año con año, pues, el investigador francés nos introduce al temprano mundillo yucateco/campechano, hasta la hora de partir a la capital. Personas, familia, estudios, primeras inquietudes literarias, vivir una vida cotidiana en los años de la Reforma, la intervención y el imperio, después el maestro Altamirano y por fin el romántico apoyo a don José María Iglesias. Este episodio, el decembrista, a cualquiera sin vocación política lo hubiera desencantado. Con Justo Sierra no fue así y volvió a la carga, pero ya dentro del realismo. El romanticismo quedó archivado, como lo reprocharía "Cero" en la semblanza que trazó del campechano. El realismo implica la relación con la sociología y la historiografía entonces en boga y que Sierra asimilara y proyectara en sus abundantes escritos de ese momento. Periodismo político, ensayos, textos de historia, interés por la instrucción, primer intento de establecer la Universidad Nacional, lucha y frustración, la muerte del hermano. Poco a poco satisfacciones, grandes logros. Experiencia cada día más rica que lo va llevando a la tercera etapa en la que se da la plenitud intelectual a la vez que el triunfo como Secretario de Instrucción Pública y la significativa labor que desarrolla como tal. Como historiador, de autor de buenos libros de texto para todos los niveles de la etapa intermedia pasa a la plenitud, primero, con un texto en el parteaguas, aunque ya más inclinado al tiempo nuevo: la evolución política. Después el Juárez y la fundación de la Universidad, a propósito de la cual queda el célebre discurso del 22 de septiembre de 1910. Con el estallido maderista surge la crisis política que hace a Díaz reformar su gabinete, lo que manda a don Justo Sierra a su casa. Después, el ministerio plenipotenciario en España, la enfermedad y la muerte, ocurrida al poco tiempo de haber presentado sus credenciales al rey Alfonso.

La ventaja de la gran extensión sobre la cápsula es que se le hace justicia a la vida y al pensamiento de la persona que sirve de tema. En cuántos libros aparece Sierra solamente

Un vitalismo pragmático

Víctor Sosa

como un representante mexicano del positivismo. El hombre como monolito, sin tener derecho a pensar, a matizar, a cambiar. Dumas hace un buen análisis de ideología, actitudes, filosofía, reflexión, para darnos a un intelectual cambiante, que no permanece en un solo lugar. Si acaso lo caracteriza su tendencia a la conciliación, al justo medio, a no tomar posiciones extremas, a valorar los diversos ángulos de una realidad y no tomarla por sólo uno de sus aspectos, en suma a no ser metonímico, como sí lo fueron muchos positivistas ortodoxos.

Volviendo al texto de Dumas, cabe señalar que fue culminado en 1975, que es la fecha de presentación en la Universidad de Lille III y que la primera vez que apareció en español fue en 1986, once años más tarde. No obstante que ya estamos a casi veinte de su conclusión, la obra sigue no sólo vigente sino fresca y por lo tanto su reimpresión e inclusión en la "Nueva Biblioteca Mexicana" es un acierto, ya que muchos libros de esta naturaleza sólo alcanzan una edición y pese a que hay un público potencial ávido de ellos, la reedición nunca llega. El de Dumas, pues, es un libro vigente. Es, junto con la obra de Charles Hale, lo mejor sobre don Justo dado a conocer en años recientes. El aparato crítico que lo sustenta es impresionante. Abarca un gran número de textos, entre inéditos y publicados, ocupando entre éstos la prensa un lugar preponderante. El manejo crítico que hace Dumas de su información es adecuado. Interroga, pondera y define. Un ejemplo es la cita que hace de una conversación entre Sierra y Porfirio Parra en la que don Justo afirma que ambos eran espiritualistas. Quien dice esto es Francisco Monterde, hombre probo, pero de ello no existe testimonio escrito alguno. El beneficio de la duda aparece. Un historiador demasiado quisquilloso lo eliminaría por no haber prueba, pero la posibilidad muy factible de que don Francisco haya transmitido la verdad es refrescante. Esto permite al lector imaginar que a Parra no le cayó muy bien esta afirmación de Sierra, expresada en 1908, pero tuvo que apegarse. Sin embargo, Sierra sí estaba en ese tiempo ya más inclinado al espiritualismo que al positivismo de sus años "realistas".

En suma, el *Justo Sierra y el México de su tiempo* de Claude Dumas es un libro obligado, no sólo para los sierristas, lo cual es evidente, sino para todos aquéllos que se interesen en penetrar por el mundo porfiriano en sus vertientes política, literaria, ideológica y cotidiana. ◊

Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, 2a. ed. 2 v., México, UNAM, 1992, (Nueva Biblioteca Mexicana, 111 y 113).

La tradición poética de América Latina —en sus dos lenguas más representativas: el castellano y el portugués— se gestó bajo el influjo proveniente de las metrópolis europeas: faros potentes que, atravesando el océano, iluminaron nuestras cálidas y adormecidas costas culturales. Rubén Darío fue el primero en asimilar esa luz y en producir —a partir de ella— un discurso poético *otro*: híbrido resultado de la alquimia verbal que caracterizó a este gran chamán de las letras americanas. Después de Darío, los representantes locales de la vanguardia europea ahondarían y radicalizarían un discurso poético mestizo —latinoamericano— revestido por primera vez de un cuerpo propio: Huidobro, Vallejo y Neruda encarnaron —y consagraron— esa naciente identidad. Ahora bien, la gran excepción a la regla ha sido, sin duda, la poesía nicaragüense posterior a Darío; la única que no orientó sus radares hacia Europa, como el grueso de las culturas nacionales, sino hacia el norte de nuestro continente, hacia la poesía norteamericana. Muchos de nosotros hemos descubierto la gran poesía norteamericana del siglo xx a través de ese puente tendido por las mejores voces de la lírica nicaragüense. Con esto quiero recalcar la fisura existente entre estas dos realidades poéticas continentales, fisura que divorcia a dos maneras de entender, de vivir y de nombrar el mundo.

Digamos que, ya extinguidas las últimas hogueras vanguardistas y atemperados sus re-

manentes latinoamericanos, es menester orientar la mirada hacia allí, donde se gesta una de las poéticas universales más importantes de la actualidad. *Una antología de la poesía norteamericana desde 1950*, de Eliot Weinberger, selecciona a 30 poetas de su país, comenzando por los textos finales de tres de los grandes modernistas: Ezra Pound, William Carlos Williams y H.D., para continuar con los representantes de las cuatro generaciones posteriores, herederos directos o indirectos de aquellos padres fundadores del modernismo. Y la herencia pasa por voces tan disímiles como la de Louis Zukofsky, fundador del "objetivismo"; Charles Reznikoff y su *Holocausto*: un relato basado en las grabaciones del Tribunal de Nuremberg; Kenneth Rexroth, figura central de la poesía norteamericana, en quien confluye la vertiente político-contestataria y la vertiente místico-oriental que tanta influencia tendría, más tarde, en la generación beat; Charles Olson, uno de los fundadores —junto con gente como John Cage, De Kooning y Merce Cunningham— de la universidad de artes experimentales *Black Mountain*, inventor de la "composición de campo" en el poema, inspirado por sus amigos pintores abstractos quienes enfatizaron el proceso creativo más allá de los resultados estéticos; Gary Snyder con sus amplios paisajes del oeste norteamericano y sus preocupaciones ecologistas; naturalmente Creeley, con sus cuidadosas construcciones elípticas; naturalmente Ginsberg y

